

WILLIAM MORRIS Y SU UTOPIA

Las *Noticias de ninguna parte* de William Morris representan tal vez la más bella afirmación moderna del socialismo libertario: son el producto maduro de un hombre cultivado e instruido, poeta, artista y artesano en un arte aplicado, naturaleza fuerte y sana, penetrado de un socialismo imbuido de necesidades y voliciones humanas, sociales y revolucionarias tanto como aspirante a la belleza y a la armonía; y ese hombre había pasado cerca de una decena de años como militante, entregándose a todas las necesidades de una propaganda joven, abnegada, sin ambiciones personales, de un socialismo que él quería integral, que transformase al hombre entero, y no que tocara sólo algunos problemas económicos y administrativos, confiándolos a nuevos jefes y procreando electores y organizaciones infladas de miembros nominales, jamás procreando el verdadero socialismo. Eso pasó en Inglaterra desde los años 1880 a 1890, en pleno Londres y sus alrededores — porque Morris no perdió nunca el contacto con el campo, como su gusto y sus estudios le transportaron también en plena edad media, al tiempo de las ciudades libres, de los artesanos que fueron igualmente artistas, y su conciencia del mal del tiempo presente, su repulsión de la fealdad uniforme del capitalismo triunfante, su voluntad de ponerle un fin le transportaron al porvenir, visiones cuyo más bello producto fueron las *Noticias de ninguna parte*.

Aunque este libro, aparecido en 1891, existe en francés, en italiano, en español, la crítica se ocupó de Morris sobre todo como renovador del arte aplicado, un poco en Francia y en Bélgica, pero muy poco de su socialismo, y aparte de estas traducciones, nadie se ocupó de él, por decirlo así, en Italia y España. En Alemania y en otros países se hizo, como en Francia, en Bélgica, en E. Unidos. Es que, como voy a tratar de describirlo más en detalle, Morris no profesaba el anarquismo puro; pero en los años de su verdadera actividad socialista,

Int. Instituut
Soc. Geschiedenis
Amsterdam

estaba lejos de toda ilusión sobre el socialismo electoral y reformador: era, pues, a la vez un herético peligroso para los social-demócratas, y un socialista de los más libertarios, pero que rehusaba reconocer la anarquía completa, lo que hizo de él un problema incomprendible o que no interesaba a la gran mayoría de los anarquistas, sobre todo a aquellos a quienes la falta de conocimiento del idioma, del ambiente y del movimiento inglés hacían inaccesible el estudio de su obra y de su personalidad.

Fué una omisión lamentable, en mi opinión, porque Morris era precisamente una fuerza auxiliar libertaria de las más preciosas, y son tales fuerzas, tales hombres de la mejor y más grande voluntad y de talento verdadero los que habría que haber alentado, atraido hacia nosotros, y no desinteresarse de ellos, porque no aceptaban de golpe la anarquía revolucionaria más completa.

He aquí un resumen de los más sucintos de la vida de Morris antes de su acción socialista pública, asunto profundizado en varias grandes y pequeñas biografías y en el estudio igualmente profundizado que se ha hecho y continúa haciéndose de los hombres notables en poesía, en arte, en pensamiento, dominios que ha flanqueado estrechamente.

Favorecido por la riqueza sólida de su padre, un comerciante acomodado, fué igualmente favorecido al pasar su infancia — nació en 1834 — en una bella casa de campo al borde de uno de los raros bosques ingleses. Allí y más tarde en una escuela de internado, preparatoria para la universidad, mostró ya sus rasgos característicos, ensueños poéticos que se referían a los tiempos de los caballeros y de los buenos actos, la necesidad al mismo tiempo de alguna actividad productora manual, fortaleza, actividad, solidez reunidas a la impaciencia, la impetuositat. En la Universidad de Oxford, donde debía hacer primeramente estudios de teología, se asoció pronto y para toda la vida con Edward Burne-Jones, más tarde el famoso pintor, y asistió a los diversos esfuerzos de esos años después de 1848, hechos por hombres de talento y de espíritu independiente para escapar a la fealdad insoportable de esos tiempos del más sórdido capitalismo y de la hipocresía más misera imaginable. Esos jóvenes burgueses no se aproximaban al pueblo, sino a una edad media idealizada por su deseo de contrar en alguna parte lo bello y lo armonioso, desaparecido de la vida presente ante ellos. Inglaterra, no invadida y no sometida por Napoleón I, no fué impulsada hacia la edad media por el nacionalismo romántico que movió a los hombres sensativos que buscaban así un consuelo contra la opresión na-

clonal presente del período de Napoleón, como de los años de reacción que siguieron a su caída. Pero el capitalismo fué otro invasor formidable y los no proletarios, ante él, se refugiaron en el *torysmo social*, inaugurado por d'Israeli, el futuro lord Beaconsfield — en el catolicismo o una iglesia anglicana ritualista, aproximada al catolicismo, — y en un arte medioeval que para los débiles fué ese esfumamiento del arte robusto y sano, el *pre-rafaelismo enfermizo*, y para hombres vigorosos, llenos de vida y de necesidad de actividad, como Morris lo estuvo, fué la edad media de las potentes catedrales góticas, de las cofradías de artesanos que eran artistas, y también la edad media de hombres de imaginación poblada con las mitologías y tradiciones antiguas, en una palabra, esa edad media que — como se la figuraba al menos — produjo hombres completos, que sobresalían en artes múltiples, por el pensamiento, por el vuelo de su fantasía, en la ejecución manual; por el bello manuscrito iluminado, la joya del orfebre, los planes de las catedrales y a la vez su decoración en detalle; de naturalezas como lo fueron Miguel Angel y Benvenuto Cellini, los Albrecht Durero, los Leonardo da Vinci y otros. Morris, que había tratado un momento de hallar esa vida amplia en la teología de la edad media, abandonó pronto ese terreno estrecho, y la encontró en lo sucesivo en el conjunto de la poesía y de las artes en todas sus aplicaciones medievales. Comienza a escribir poesías abundantes, pero va igualmente cuando puede a Francia para examinar las iglesias góticas. *Las iglesias del norte de Francia*, en *The Oxford and Cambridge Magazine*, febrero de 1856, es uno de sus primeros escritos. Y de la universidad pasa al estudio de un arquitecto de renombre, donde durante dos años aprende mucho, pero sobre todo se inspiró en la idea que a la casa bella hace falta la decoración interior, el mueblaje, etc., de valor parecido y que era preciso sustraer el todo a la influencia aseadora del utilitarismo moderno que, en aquella edad de suprema corrección y respetabilidad, estaba en su apogeo en Inglaterra y en otras partes.

William Morris no era de ningún modo un creador, un inventor, un hombre que trazaba vías nuevas; era por excelencia el hombre de buen gusto, de sentido práctico, de necesidad de belleza y de armonía, que arregla, decora, embellece, produce un conjunto armonioso. En poesía trabaja en primer lugar la edad mística del rey Arthur y de la Table ronde, los amores de la reina Genoveva y de Lancelot, después la edad igualmente mística de Jason, Medea y del Toisón de oro; luego, en su obra capital, 1868-70, *The Earthly Paradise*, el Paraíso terrestre, imita el género de los peregrinos de Canter-

bury de Geoffroy Chaucer y se hace relator de numerosas novelas antiguas y medioevas. Traduce a Homero y a Virgilio y manipula libremente la literatura icelánica en *Sigard el Volsung* (1876). Al fin de su vida se crea un ambiente fantástico propio, que no es ni la mitología del pasado ni la utopía del porvenir; son esas historias relatadas en prosa que se pueden llamar ante-históricas, de edades desconocidas que preceden a las edades de las instituciones y de las convenciones conocidas. Tales son *Las raíces de las montañas*, *El bosque pozo al fin del mundo*, la *Historia de la llanura brillante* y *El*

Pero ante todo, en los años posteriores al aprendizaje de arquitecto, bajo la influencia del poeta Dante Gabriel Rossetti, de los pre-rafaelistas, se hizo pintor, sintiéndose poco inclinado entonces — como dijo — a ocuparse de cosas políticas y sociales que veía en confusión, pero que no se creía ni capaz ni lleno bajo una forma u otra". No hay que perder de vista que entonces — hacia el tiempo de la muerte de Robert Owen en una edad extrema, de la decadencia completa del chartismo y cuando la reorganización, rejuvenecimiento del trade-unionismo estaba todavía en sus comienzos, en una palabra, cuando el socialismo era nulo en Inglaterra, — que entonces, repetimos, Morris no podía lanzarse en un movimiento socialista que no existía, que pasaba por haber muerto con Owen, con el chartismo y que las vagas ideas sociales, de ningún modo socialistas, de los *Deberes del hombre*, de Mazzini, libro famoso entonces, nada podían evocar en un hombre en el fondo muy práctico como lo fué Morris. Tal vez ese aspecto práctico, la necesidad de hacer lo que sentía y decía, le desvió igualmente de una carrera de crítica estética como fué la de John Ruskin, el sabio profesor de aspiraciones relativamente parecidas, superior sin duda a Morris como pensador y por su gran especialización, pero separado de la vida real y sin hallar nunca la energía de un verdadero impetu socialista, como Morris, hombre completo, lo encontró después del año 1880.

Se casó, abandonó la pintura y con siete copartícipes, de los cuales él fué quien puso más fondos, en 1861 en Red Lion Square, desde 1865 en Queen Square, locales a corta distancia de la gran arteria del tráfico londinense, Hig Holborn, así taller de decoración doméstica, la firma *Morris, Marshall,*

Faulkner and Co. Esa casa, al principio pequeña, inauguró, puede decirse, una lucha solidaria contra el mal gusto trivial, filisteo de las clases ricas de esos tiempos sobrios y respetables de la reina Victoria. No se hizo allí en manera alguna arte decorativo excéntrico, fantasista, destinado a *épater* a un público pálido y supuestamente *dernier cri*. Se hizo, al contrario, exclusivamente buen trabajo, sólido y cómodo, de buen gusto, de materiales duraderos, de dibujo especial, si hacía falta, adaptado al conjunto. Morris fué la clavija obrera de esa empresa: ejecutó o inspiró los dibujos, los planos, preparó los materiales, es decir, constatando que la mayor parte de los materiales eran inferiores, de poca duración, procedió poco a poco a experimentar y a fabricar y a hacer fabricar él mismo tejidos, colores, vidrios pintados, etc. Volvió a los procedimientos más sólidos de los tiempos pasados, al trabajo manual que había precedido a la máquina. Eso necesitó obreros muy hábiles que adquirieron facultades inusitadas, que volvieron a tomar el placer de la realización del buen trabajo y que quedaron en ese establecimiento a menudo largos años, toda la vida.

Esa empresa prosperó, tal vez porque fascinó al público rico por sus precios elevados y por su intransigencia ante el mal gusto habitual; para los clientes ricos se trataba de tomarlo o de dejarlo... y lo tomaban. En 1881 los trabajos fueron transferidos a Merton Abbey, al sur de Londres; la oficina de ventas, muy poco considerable vista desde el exterior, como yo la he visto todavía, estaba en Oxford Street. Hacia esa época Morris compró las partes de sus socios y quedó el propietario único; habitó una casa confortable al borde del Támesis, en Hammersmith, aquella misma en que entra al comienzo de las *Noticias de ninguna parte*, llamada Kelmscott House de acuerdo a su casa de campo en Kelmscott en el Oxfordshire. De sus socios y antiguos amigos, dos militaban todavía en la *Socialist League* en sus primeros años. Uno fué el tesorero, Philip Webb, un arquitecto, un viejo muy sólido aún, y su amigo de Oxford, Ch. J. Faulkner, un matemático que quedó en Oxford, donde tuvo que luchar entonces contra el antisocialismo feroz y estúpido de los estudiantes; cuando fué a Londres, al Consejo de la League, fué un placer escuchar su verba sarcástica y su pensamiento preciso; atacado de apoplejía murió entonces, con gran sentimiento de todos. Algunos obreros del taller de Merton Abbey estaban también en la *Socialist League* y sobre todo en la sección que se reunía en la sala ordenada para las reuniones públicas al lado de la casa de Hammersmith, la *Hammersmith branch* de la League. Fue-

ron todos muy moderados. Todos los que trabajaban en Merton Abbey entonces, habrían podido convertirse en esos años en que la propaganda se hacía por medio de pequeñas reuniones continuas en las calles, en los parques o en diminutos cafés populares, — todos habrían podido convertirse en agitadores socialistas absolutamente independientes, disfrutando de la inmunidad más completa, puesto que su patrón, Morris, que trabajaba con frecuencia al lado de ellos en sus dibujos y experimentos, hacía por la noche esa misma propaganda. Pero esos obreros no hicieron eso, con raras excepciones, lo que prueba tal vez más que otra cosa que eran verdaderamente independientes con ese patrón socialista, — libres de no creer una palabra de socialismo.

Morris se daba, por lo demás, perfectamente cuenta de que su método de producción era excepcional, de que esos productos costosos no podían sobreponerse a los productos rápidamente confeccionados por el maquinismo, y eso ha debido demostrarle la necesidad de un cambio social completo para que el disfrute de la belleza cese de ser un privilegio de los ricachones. Se aceptaron poco a poco sus innovaciones más prácticas, es decir, las más fácilmente imitables por el maquinismo, pero eso no ha podido satisfacerle. Se leerá con provecho al artista belga tan competente en artes decorativas, *Henry Van de Velde*, amigo de Eliseo Reclus: *William Morris, artisan et socialiste. Extrait de L'Avenir Social* (Bruselas, 1898, 32 págs. gr. in-8.º), y también las apreciaciones de Gabriel Monrey en su libro *Passé le détroit* (París, 1895, en 18.º). Habría que examinar los catálogos de las exposiciones de la *Arts and Crafts Exhibition Society* (Exposición de artes y oficios), Londres, a partir de 1888; en el primero, 1888, Morris discute los materiales textiles. Dió una conferencia, *The Decorative arts* (Londres, 1878, 32 págs.), otra sobre el arte y la belleza de la tierra, el 13 de octubre de 1881, y discute la Westminster Abbey y sus monumentos en la *Nineteenth Century* en marzo de 1889. A los socialistas había dado *Art and Socialism* (El arte y el socialismo), 1884, 72 págs.; hay además de él *The socialist ideal in Art* (El ideal socialista en el arte), en la *New Review* (Londres).

Perdió la paciencia cuando vió continuamente sea la demolición, sean las llamadas restauraciones de viejos monumentos históricos; apeló al público en el *Atheneum* y poco tiempo después fué fundada la *Society for the Protection of Ancient Buildings* (Sociedad para la protección de los edificios antiguos) de la que fué el primer secretario; los informes y reuniones anuales, la primera el 22 de junio de 1878 (54 págs.)

— una octava el 4 de junio de 1885 (103 págs.) — contienen testimonios continuos de su esfuerzo. Si se conocen un poco las publicaciones internacionales de ese género, sea para proteger los antiguos monumentos, sea para proteger los monumentos de la naturaleza, los bellos paisajes, las reservas de vegetación y de fauna, los animales raros, etc., se da uno cuenta de que esos esfuerzos parecen todos posteriores a esa iniciativa de Morris, aunque, sin duda, se han hecho siempre aquí y allí esfuerzos de conservación esmerada e inteligente, aun haciendo en algunos casos destrucciones mucho más numerosas o desfiguraciones irreparables e irremediables. Y aun así, si se atendían las antigüedades, se dejó mucho tiempo libre curso a la destrucción de las bellezas naturales, de la flora y de la fauna, de los bosques, etc. William Morris ha hecho bien, pues, en ese concepto al dar la alarma en 1877.

Hacía esa época Morris se aproximó a la vida política y social de su tiempo. No lo había hecho, se observará, en la docena de años anteriores, durante la Internacional y la Comuna. No, no lo ha hecho, absorbido, diríamos, por su trabajo tanto de artesano creador, que ama su labor y trata de llegar a la perfección en todas sus ramas, como por el de poeta, no muy original y sin duda no sentimental, pero robusto, que halla placer en manipular las tradiciones, las personas de un pasado lejano para hacerlas revivir en nuevas aventuras, bajo brillantes colores nuevos. Para llegar a la perfección de ese mundo de las artes aplicadas y de la fantasía libre debía cerrar los ojos al mundo real, lo cual no lo hizo como soñador, sino como hombre serio que realiza su trabajo y no se mezcla en el de los demás. En Inglaterra, en la Internacional misma, se profundizó muy poco el socialismo, que pasaba más bien por estar enterrado con Robert Owen y languidecía sólo en algunos viejos discípulos de Bruterre O'Brien y otros. El trade-unionismo fué el gran movimiento ante el cual se inclinaban todos, y se sabe que el trade-unionismo no tomaba en consideración el socialismo, y además que los trade-unionistas se mantenían entre ellos, obreros organizados, que aceptaban el contacto de algunos políticos y el de algunos abogados (los abogados positivistas sobre todo) que les servían de útiles consejeros y de portavoces en el parlamento, pero que no tenían ningún interés por un socialismo general, por el arte social, en suma por las verdaderas aspiraciones socialistas. Estas fueron discutidas en las secciones de la Internacional inglesa, constituida así en grupos de propaganda contra la voluntad de los trade-unionistas y del mismo Marx. Pero en esas secciones, que muy pronto fueron escena de lu-

chas y de escisiones, no se mostró ningún talento, y a partir de 1873-74 desaparecieron completamente. Así, en 1876-77 no había en Inglaterra, en Londres y en provincias, más que restos dispersos de socialismo propagandista, de decepcionados más bien que jóvenes, y el socialismo que renovó entonces en ese país tenía ya a William Morris en sus filas, no como iniciador o jefe, sino como una de las diversas fuerzas, esta vez más vigorosas que hasta entonces, que convergieron durante algún tiempo hacia el mismo objetivo, que se codearon, se aproximaron, se apoyaron mutuamente cada vez más, hasta reunirse hacia 1880-82, para formar aquel grupo colectivo, la *Federación democrática*, de la que se deriva el socialismo en Inglaterra.

Parece que en una carta a las *Daily News*, 26 de octubre de 1876, protestando contra la defensa de Turquía frente a Rusia, por los conservadores ingleses, fué el primer acto público de ese género de Morris. Se advierte allí su expresión de disgusto cuando ve cómo el ciudadano del término medio es impotente en todas esas cosas que otros deciden por él. Se expresó aún algunos meses después en un Manifiesto a los trabajadores de Inglaterra; aunque no hablaba como socialista lo hacía en estos términos que hacen ver en qué grado veía claro, y lo que es más raro, no vaciló en decir: "... Trabajadores de Inglaterra, una palabra más de advertencia. Dudo que conozcáis toda la acritud de odio a la libertad y al progreso que reposa en los corazones de una parte de las clases más ricas de este país... Esos hombres no pueden hablar de vuestra clase, de sus aspiraciones, de sus jefes sin menosprecio y sin insultos. Si esos hombres tuviesen el poder de obrar (que perezca Inglaterra antes que eso ocurra!), contrarrestarían vuestras aspiraciones justas, os reducirían al silencio, os entregarían, con los pies y las manos ligados, para siempre, al capital irresponsable"... Morris escribió eso como liberal, que desenmascara el odio al pueblo de los conservadores, pero cuando pocos años después los liberales en el poder llevan a cabo la represión en Irlanda, aplastan a Egipto bombardeando la gran ciudad de Alejandría, etc., entonces Morris y tantos otros liberales y radicales sinceros de tendencias sociales, comprenden que liberales y conservadores se equivalen como casquete y bonete, y se unen a los socialistas, cuyo número se había acrecentado por la gran propaganda de Henry George, entonces en Irlanda y en Inglaterra, contra los monopolistas de la tierra, y de esa unión surgió la *Federación democrática*, que abarcaba a todos los buenos elementos de aquella época, y también algunos raros anarquistas, activos con los socialistas revolucionarios en

la propaganda directa de las reuniones al aire libre, de los pequeños volantes de crítica alerta e incisiva (pequeños manifiestos de una o dos páginas en 8.º o en 4.º, impresos muy frecuentemente de un modo clandestino, en la habitación de algún obrero donde se reunían por la noche discutiendo, redactando, componiendo e imprimiendo en una prensita y organizando las próximas reuniones en las calles de los barrios populares).

Volvamos a Morris que al dar a partir de 1877 conferencias populares sobre el arte, llegó, por ese camino, infaliblemente al socialismo. Porque se dió cuenta entonces de las causas de la ausencia de arte popular en el régimen capitalista, de la separación absoluta en clases instruidas y en una clase privada de medios para instruirse seriamente; "...el arte popular no tiene perspectiva alguna de una vida sana o de una vida en general, si no nos ponemos en marcha para llenar el terrible abismo entre la riqueza y la pobreza"... Si un hombre honesto que puede vivir una vida más humana, piensa en el inmenso número de vidas pasadas en un trabajo eterno sin esperanza, eso pesa sobre su conciencia. Morris experimenta vergüenza al comparar su trabajo propio, que le agrada, que hace de buena gana, con el trabajo monótono, sin perspectivas, de la mayoría de los demás — y concluye diciendo (en una carta de marzo de 1883) que nada le convencerá de que el trabajo en la forma degradada que es impuesto a las masas es útil o necesario a la civilización.

Verdaderamente todo su socialismo está en eso — en ese contraste entre el trabajo que ama tanto, y el trabajo sombrío, forzado, detestado de las masas. Comprendió que nada de lo que él aspiraba en arte, en belleza podía realizarse en una sociedad de ociosos y de proletarios con un mundo fraudulento de gobernantes, administradores, vigilantes y policía represiva entre los dos mundos; decepcionado de muchas cosas y sobre todo de muchos hombres, relató *How I became a Socialist* (Cómo me volví socialista), mayo de 1895, aparecido en *Justice*; en folleto, Londres, 16 págs. 8.º, octubre de 1896: "Al lado del deseo de producir bellas cosas, la pasión dominante, de mi vida, ha sido y sigue siendo el odio a la civilización moderna", dice en ese autoestudio retrospectivo. Contrastó los progresos mecánicos de los tiempos modernos, la vulgaridad opresiva de la vida moderna con la alegría de vivir, con el placer de producir: la humanidad ha luchado tantos siglos para no culminar más que en esa "confusión sordida, sin objetivo y fea"? Veta que lo que quedaba aun de la belleza del pasado sería devorado, absorbido también... No se preocupaba de metafísica y de religión, ni del análisis científico, sino que

amaba apasionadamente la tierra, la vida, la historia del pasado de la humanidad: ¿es que todo eso acabaría en el burguesismo más chato? Era preciso luchar contra ese fin trivial de la civilización y en lugar de abandonarse al pesimismo se percató que había gérmenes, elementos que, por su parte, luchaban contra ese sistema y preconizaban el cambio completo, la revolución social. Eso le devolvió la esperanza y fué con ellos y en lo sucesivo tomó la parte más directa en esa lucha.

De estas indicaciones resulta que el socialismo de William Morris fué ante todo un socialismo amplio, completo y profundo. Hombre a la vez de los más cultos y de los verdaderamente prácticos en su esfera de intereses, comprendió en qué grado está absolutamente en la hora actual todo al servicio del capitalismo y que es preciso un cambio verdaderamente completo. Así la importancia del problema económico, que reconocía como hombre práctico, no le hizo desconocer que gobiernos, parlamentos, religiones, prensa, literatura, educación, moral convencional, política extranjera, en una palabra, que todo estaba en el mismo grado imbuido del espíritu capitalista y debía desaparecer, en su forma presente, con él. Ese socialismo parcial que cree hacerse popular al hacerse modesto, al profesor el menor cambio posible, al reducir los cambios a algunas fórmulas económicas expresadas en proyectos de leyes — como había quien decía que el parlamento votaría que el impuesto sobre la ganancia fuera de 20 chelines por libra esterlina (20 chelines es igual a una libra esterlina) y los ricos no tendrán más ganancias, lo pagarán todo en impuestos, y la expropiación se habrá hecho así, la revolución social se habría producido por un simple decreto de ley, todo eso no debía absolutamente nada a Morris, a ese Morris que estaba a su altura cuando escribió las *Noticias de ninguna parte* donde presenta el famoso parlamento inglés en Westmister convertido en la sociedad libre en "mercado suplementario y como almacén de abonos por la comodidad de estar en la orilla del río".

Se ha llegado al socialismo por las vías más diferentes, motivadas cada una por el pasado, el ambiente y el carácter personal del socialista en cuestión. En Morris una naturaleza amplia, rica, energética, viva, llegó al socialismo y reclamó un socialismo a su medida. Otros hicieron entonces como él, hombres menos robustos, más delicados, tales como sobre todo su amigo *Walter Crane*, el famoso dibujante, y *Edward Carpenter*, aun vivo, octogenario, el autor de *Civilizations its curse and cure* (La civilización, su maldición y su remedio). No fué un socialismo que se diría estético, aéreo, superrefinado, como lo hubo, ni metafísico, religioso, ni de autocultura, — fué al

contrario un socialismo vigoroso, antiautoritario, antimetafísico, realista y popular que los mejores de los camaradas de Morris y él mismo profesaban en lengua popular, en magníficos cantos populares también, de los cuales algunos por Carpenter y por Morris, como *England arise, the long long night is over* que terminaba *England has risen and the day is here* (1) y *No Master*, que terminaba en *No master high or low* (2), son tal vez las poesías socialistas más perfectas que existen. Esos hombres desafían entonces a todas las tradiciones y convenciones inglesas tan firmemente arraigadas, a la riqueza y a la aristocracia, a la religión y al patriotismo; decían verdades cinglantes, basadas en conocimientos reales, y hablaban en completa independencia, sin aspirar hacia victorias en el parlamento, lo que — puesto que exige que se mime y se adulé a los electores — castra siempre el socialismo y transforma al orador en vendedor ambulante que grita para vender su mercancía, él mismo, y para comprar votos en su favor.

Cuando los elementos avanzados se reunieron en la *Democratic Federation* (junio de 1882) a que se sumó Morris en 1882, esos aspirantes al socialismo electoral no faltaban en esa organización y bien pronto, en el próximo estadio de esa sociedad, transformada en *Social Democratic Federation* (agosto de 1884), de la cual fué órgano el semanario *Justice* (19 de enero de 1884), la cooperación de los verdaderos socialistas con los socialistas reformistas y electorales se hizo imposible. En esa lucha interior la separación inevitable es caracterizada por las dos personalidades de William Morris y H. Hyndman, pero tuvo personalidades y matices socialistas muy característicos en ambos lados igualmente, una abundancia de talentos y de buenas voluntades; porque de todos lados se afluía hacia ese socialismo renaciente bajo felices auspicios. Es verdad que los tradicionistas, radicales en política, y no socialistas entonces, quedaban al margen y que los socialistas cristianos y un núcleo de burócratas y concejales municipales y parlamentarios en crisálida todavía, la famosa *Fabian Society* (1884), hicieron banda aparte, pero socialistas revolucionarios de todo matiz, reformistas de buena ley, marxistas y anarquistas estuvieron todos juntos en la *Social Democratic Federation* en 1884. Morris se sentía socialista por derecho propio y

(1) Inglaterra, levántate, la larga, larga noche ha pasado... Inglaterra se ha levantado y el día está ahí.

(2) No más amo... no más amo ni arriba ni abajo.

no tuvo tiempo ni inclinación para rumiar sea el socialismo inglés y continental del pasado, sea las teorías de Marx o las del anarquismo continental europeo y americano. Respetaba del celo de los economistas, de los Belfort Bax e Hyndman, que se consideraban conocedores de Marx, así como el de los marxistas más iniciados, de Eleanor Marx, la hija segunda de Marx, y otros, pero ese era para él un género aburridor; cuando hablaba de socialismo, tenía una superabundancia propia de cosas que decir y fué más tangible para sus oyentes que las explicaciones meticolosas de las doctrinas de Marx que los ensayaban entonces. Al contrario, se sentía atraído por el socialismo fuerte y no mitigado de los oradores revolucionarios que hablaban entonces a las masas y estaba interesado siempre por conocer la verdadera situación del pueblo, y descubrió a éste cómo era engañado de mil modos, oprimido, explotado y qué fuerza para libertarse residía en él mismo, con sólo querer, qué felicidad crearía para él y para sus hijos, si obrase por sí mismo, directamente, sin caer del parlamentarismo burgués en el parlamentarismo obrero, llamado socialista, que le acechaba.

Sobre este último punto la escisión fué inevitable y los camarañados de Morris, los socialistas revolucionarios, los anarcosocialistas y también socialistas autoritarios, marxistas, blanquistas, trade-unionistas — nuevamente una aglomeración heterogénea que no podía durar — formaron en diciembre de 1884 la *Socialist League*, cuyo órgano fué el *Commonweal* (El periódico bien público), que apareció en febrero de 1885, el primero en el cual fueron publicadas por primera vez en 1890 las *Noticias de ninguna parte*.

No teniendo tiempo ni el deseo para estudios económicos e históricos, lucinándose también ingenuamente y sin preocupaarse mucho ante la ciencia y la experiencia socialista verdadera o pretendida de otros, Morris — hombre siempre ocupado o absorbido por estudios y trabajos en su esfera de interés y conferencias y arengas al aire libre — escribió o firmó algunos escritos en colaboración, como el *Sumario de los principios del socialismo*, por Hyndman y Morris, redactado para la *Democratic Federation* (1884, 62 págs.), un libro sobre el socialismo, por Morris y Bax, y *Breve relato de la Comuna de París*, por Morris, Belfort Bax y V. Dave (1886), 12 págs. de la serie de folletos *Socialist Platform*, a la que contribuyó también con *Useful Work versus Useless Toil* (Trabajo útil versus esfuerzo inútil; *True and false Society* (La sociedad versus la sociedad falsa), 1888; *Monopoly* (El monopoli-

lio), 1890. Fué autor de algunos volantes no firmados, como del *Manifiesto de la Liga socialista* (enero de 1885, 7 págs.), de *Lo que quieren los socialistas* (2 págs.), del manifiesto abstencionista *For whom shall we vote?* (noviembre de 1885, 8 págs.), *¿Por quién votaremos?* (en ocasión de la elección general de entonces), etcétera. Expuso el socialismo en la serie escocesa *Claims of Labour*, Reclamaciones del trabajo, (Edinburgh, 1886), junto a Patrick Geddes, Alfred Russell Wallace y otros, y se tiene de él los hermosos artículos en la *Fortnightly Review* de 1881, *The Revival of Architecture*, en mayo, y *The Revival of Handicraft*, en noviembre (El renacimiento de la arquitectura y el del trabajo manual), que habría que examinar junto a los artículos de P. Kropotkin sobre *La aldea industrial del porvenir*, octubre de 1888, y *Trabajo cerebral y trabajo manual*, marzo de 1890, en *Nineteenth Century*, partes de su libro futuro *Campesinos, fábricas y talleres*.

El tiene aún: *Art and Socialism* (el arte y el socialismo), de 1884, 72 págs., el artículo *Art, Labour and Socialism*, en *To-day* (en folleto, 24 páginas) y los magníficos *Chants for Socialists* (Cantos para socialistas), 1885, 15 págs., también el *Canto de muerte* de Alfred Linnell, un obrero tipógrafo muerto el 12 de noviembre de 1887 en Trafalgar Square, ese domingo que se llama también domingo de sangre (*bloody sunday*), cuando policías y soldados dispersaron el cortejo de los sin trabajo y de los socialistas, afirmando el derecho de reunión, derecho suprimido en su antigua amplitud desde ese domingo y en lo sucesivo regularizado y canalizado por las autoridades.

Pero al lado de todas esas publicaciones y de otras y una colaboración en *Justice* (1884) y, muy intensa, en el *Commonweal* mensual, más tarde semanario, de 1885 a 1890, William Morris se acercó por decirlo así a la utopía que acabó por escribir hacia 1890, mediante cuentos y ensueños socialistas, en parte históricos, situados en el pasado que le era tan familiar, y mirando hacia adelante. La más elaborada de esas producciones que representan al poeta ponleñándose en plena inspiración al servicio de la propaganda socialista y sin embargo produciendo pequeñas obras maestras de arte y no productos en que la tendencia es demasiado palpable, verdadera literatura, pues, fué *A Dream of John Ball*, publicado en el *Commonweal*, como *Under an Elm Tree*, *A King's Lesson* y *The Revolt of Ghent* (Un sueño de John Ball, Bajo un olmo, Lección de un rey, La revuelta de Gante). John Ball, un monje rebelde de la Insurrección campesina en los tiempos del rey Ricardo II en 1381, conocida bajo el nombre de su jefe Wat

Tiller, muerto entonces traidoramente y ejecutados 1.500 de los insurrectos, en el discurso famoso que Morris le hace pro-nunciar, concluye: ... "Y cómo será cuando aquellos (los aristócratas opresores) no existan? ¿Qué os hará falta cuando no tengáis más amos? No careceréis de los campos que habéis trabajado, ni de las casas que habéis construido, ni de la ropa que habéis tejido; todo eso os pertenecerá y lo mismo lo que produzca de todo lo que produce la tierra. Entonces nadie se deseará la hierba larga para algún otro, cuando su propia familia carece de carne de buey, y el que cosecha la consumirá en comunidad con aquellos con quienes ha cooperado, y el que construye una casa la habitará con aquellos a quienes invita por su propia voluntad, y la granja en donde se deposita el excedente, recibirá trigo del que todos comerán en malas estaciones y todos vivirán sin dinero y sin precio... el hombre ayudará al hombre... y la comunidad será establecida en el cielo y en la tierra..."

Es ese un paso hacia la utopía que estaría al alcance de todos, con sólo que los hombres quieran. Otro paso se ha dado en su pequeña pieza dramática improvisada en 1887: *The Tablets Turned or Nupkins awakened. A Socialist Interlude* (Londres, 1887), representada el 15 de octubre de 1887, y varias veces hasta la navidad de 1887, en la pequeña sala de la Liga socialista por un número de camaradas, entre ellos Morris y su hija May. Fué a consecuencia de persecuciones estúpidas y péridas de oradores socialistas en las calles, Morris entre ellos, cuando los magistrados, ante los cuales eran llevados, exhibían generalmente la más pomposa ignorancia sobre la existencia de un movimiento obrero y la más mezquina malevolencia autoritaria. Eso se hacía entonces bastante suavemente y se les ridiculizaba; Morris tomó al juez Nupkins de los Pickwickianos de Dickens como tipo ante el cual comparecieron como acusados todos los sin trabajo, socialistas y rebeldes que habían figurado ante esos tribunales desde 1885 a 1887, y el juez Nupkins reproduce el conjunto de las burradas y maldades cometidas por los magistrados desde 1885 a 1887. Sin embargo, la utopía comienza — ¡será siempre la utopía! —, se oyen las canciones, los gritos socialistas, el juez palidece, el pueblo entra, barre al tribunal, y el juez, tan pomposo cinco minutos antes, se oculta en el primer rincón que encuentra. La segunda escena muestra al pueblo libertado, feliz y en medio de él se presenta el juez Nupkins, aturdido, halabriente, amedrentado; había errado hasta entonces temiendo la vindicta. Pero el pueblo se ríe de él, le ridiculiza y finalmente se le da de beber y de comer y, pienso, el instrumento más primitivo, puesto

que no hay ya jueces y él no sabe ningún otro trabajo. Al fin creo las jóvenes le toman de la mano y todos bailan la Carmagnole y el mismo Nupkins comienza a comprender qué vida miserable arrastró hasta allí convirtiéndose como juez en el azote de sus hermanos-hombres.

Esa obra afectó mucho a Eliseo Reclus, entonces en Londres; está traducida bajo el título *Sans dossus dessous* en la *Révolte*, suplemento literario, desde marzo a junio de 1888. Yo la vi en escena en Navidad; el compositor del *Commonwealth*, Blundell, desempeñaba el papel de Nupkins. Pero la sociedad, cuatro semanas después de ese 15 de octubre, cuando se perdonó a Nupkins, hizo aborear a los anarquistas en Chicago el 11 de noviembre e hizo matar por sus siervos a Alfred Linnell en Trafalgar Square, en el centro de Londres, el 12 de noviembre. Después Morris no escribió más obras que terminaban en una burla, como la del 15 de octubre de 1887.

Su actividad literaria de esos años fué acompañada de la ya mencionada como conferencista y orador improvisado al aire libre y de la desplegada tanto en la rama de Hammersmith de la Liga como en el consejo de la Liga en su comisión central, reuniones semanales a las cuales los miembros asistían a voluntad, y en un Comité de la Liga, llamado el de los *caminos y medios* que preparó y ejecutó las deliberaciones y decisiones del consejo, que fué siempre una pequeña reunión muy amistosa que disponía lo mejor que podía de todos los asuntos corrientes. Cuántas veces cuando estaba en la ciudad de Londres en aquella época, de 1885 a 1890 he asistido a esas deliberaciones que se llevaban a cabo sin retórica, sin animosidad — aparte de la separación inevitable de algunos marxistas en 1888 — y en las que todos se esforzaban por atender del mejor modo a las exigencias próximas de la propaganda en Londres, en las provincias y hasta en Escocia.

Es preciso reconocer que, mientras que esos pioneers del socialismo integral y revolucionario, repudiando toda acción parlamentaria y que no se oponían a la evolución de una parte de sus adeptos al comunismo anarquista que *Freedom* y Kropotkin preconizaban desde 1886 y que la tragedia de Chicago, en 1886-87, había puesto en primer plano, — mientras que esos hombres, los socialistas más ampliamente sociales y los más desinteresados que puedo figurarme, obraban de la manera descrita (y Morris no fué más que uno de ellos, ni su jefe ni, con mucho, su talento único), — es preciso reconocer que durante esa obra verdaderamente ideal, la idea socialista comenzaba a ser explotada por menos desinteresados, los social-demócratas de Hyndman, los fabianos de Webb y Shaw,

y un partido electoral creado en provincias, pero que en Londres fué secundado por un hombre muy taimado, H. H. Champion, a consecuencia del cual incluso el Tory socialista Matthew Barry hizo su reaparición (y los periódicos *Commonsense* y *The Labour Elector* de los años 1887 a 1890). En una palabra, el curato de los mandatos parlamentarios y municipales comienza y la situación bastante revolucionaria por el gran número de los sin trabajo de 1886-87 fué desviada así y falseada, de suerte que los frutos del gran despertar obrero de 1889 marcado por la gran huelga de los dockers de Londres del verano de 1889, fueron recogidos, no por los revolucionarios, sino por los legalitarios que, entonces, al viejo trade-unionismo oponían el nuevo trade-unionismo de los obreros de las categorías pobres (dockers, obreros generales, sin aprendizaje definido), movimiento fundado con mucho impetu, pero que languideció pronto, reducido a la rutina, en manos de los jefes autoritarios, los Ben Tillett y tantos otros, y no repuesto nunca verdaderamente por Tom Mann, que en algunas ocasiones fué la esperanza de los sindicalistas, hasta de los libertarios, pero que ha hecho caer siempre la esperanza puesta en él.

En esas condiciones, la organización formal de la Socialist League no adquirió las grandes proporciones que se habría podido esperar, puesto que la rutina y las promesas inmediatas atraían al gran número de los obreros que llegaban entonces al socialismo desde las filas de los radicales. Y aun del ala izquierda, de parte de los anarquistas, el interés en una organización, ciertamente la menos autoritaria que se puede uno imaginar — disminuyó. No haré aquí una crítica de esos desenvolvimientos que he visto desde bastante cerca. Todos creían hacer lo mejor que podían. Yo estaba también plenamente del lado de los anarquistas. Hoy lamento mucho que no se haya hecho más entonces por conservar la cooperación tan eficaz y desinteresada de William Morris, que en el otoño de 1890, con la rama de Hammersmith, se separó de la Liga sin ruido.

El anarquismo, tal como ha debido verlo y oírlo él representado y predicado a menudo, de 1888 a 1890 sobre todo, ha debido parecerle, para servirme de estas palabras descriptivas, demasiado amorfo e incoherente. Los que abrazan primero esas ideas, predican y practican algunas veces una separación inmediata de todas las obligaciones, la acción autónoma por principio, no les gusta cooperar, ceder a alguna necesidad o utilidad práctica, etc. La exuberancia de la libertad adquirida en espíritu, les inspira, y el menos entusiasta es pronto para ellos un reaccionario.

Es lamentable que Morris haya juzgado la anarquía de acuer-

do a tales fenómenos pasajeros; es lamentable también que los anarquistas de cerebro más reposado, se hayan, por solidaridad o por intransigencia de principio, tal vez, abstenido de explicarse con él más amistosamente. O bien había quienes consideraban a Morris estacionario e incapaz de llegar a ser anarquista (han podido decir que su porvenir justificó sus previsiones) — y se desinteresaron de él. En todo caso, hubo entonces incompatibilidad de temperamento entre Morris y los anarquistas y no hubo nadie que haya disipado esas nubes.

Ese hombre, por su pasado de treinta años antes, hacía adquirido una concepción muy clara de la utilidad de un trabajo esmerado individualmente y aumentado en eficacia por una cooperación seria con otros, añadiendo puntualidad y responsabilidad. Sabía además que la sociedad capitalista poderosa no sería forzada a ponerse de rodillas ni abolida por un número de actos aislados, sino que probablemente haría falta el concurso inteligente y abnegado de grandes masas que o bien la tomarían por asalto para deromelerla o bien le rehusarían su concurso (huelga general) para debilitarla y anularla. Una acción más individual puede preparar tales acciones colectivas — tanto mejor! — pero no las crea, y de ahí esa separación entre él y los anarquistas militantes de esos años que habría debido ser evitada.

Es en esa situación más o menos en la que surgieron las *Noticias de ninguna parte*, que corresponden al mismo tiempo a la necesidad artística de Morris de dar a su pensamiento e imaginación socialista una forma literaria propia, y a la intención de oponer un monumento utópico libertario de su género a las estrechas utopías estatistas-socialistas de Bellamy (*Looking backward*, 1887) y de sus numerosos imitadores cada vez más débiles. También, presumo, algún poco al deseo de Morris de mostrar a los anarquistas en qué era tan libertario como ellos, y en qué consideraba esencial la acción colectiva, una cooperación seria, etc., factores demasiado poco apreciados entonces por algunos de ellos al menos. Se ve que hace partir la revolución de acontecimientos en Trafalgar Square, describe la huelga general y los años de guerra civil, después de los cuales — este me parece el punto más débil de sus concepciones — ve nacer el régimen tan libertario descrito en *Noticias de ninguna parte* en una época de florecimiento posterior. Vió claro hasta esa gran guerra civil, pero ahí, según mi opinión al menos, su visión clara se oscurece — no sabía y nosotros no sabemos tampoco qué lazos faltan que sólo la experiencia podrá producir. Comparad su huelga general con la de 1926

en Inglaterra: se diría, ¡ay!, que desde su utopía de 1890 la burguesía aprendió algo y el pueblo no aprendió — se ha dejado engañar de tal modo en 1926!

Por esas páginas la utopía de Morris se enlaza al tiempo presente y sigue siendo de actualidad. Por sus visiones del porvenir feliz, al menos ha descrito en colores radiantes uno de los más bellos países del ensueño de los humanos, y sería bien fastidioso el anarquista que no saltara de alegría si pudiera alcanzarlo. Se ha criticado la predilección excesiva de Morris por el adorno, los colores, lo decorativo y su repulsión del maquinismo. ¿Qué sabemos adónde nos conducirá el maquinismo a *outrance*? Está tal vez más estrechamente ligado de lo que se cree al autoritarismo y al monopolio, y moldea al hombre según su imagen. Para Morris el hombre está ahí en primer plano y se viste según su gusto, impulsado por los ricos colores de una bella naturaleza libre a su alrededor. En el maquinismo está la fábrica de hacer indumentaria mejor condicionada, que produce el marxismo y vencerá la concurrencia, vistiendo a 100.000, a un millón, a 10 millones de hombres con sus productos más o menos semejantes. El hombre vestido así, alimentado de conservas producidas por miles de millones, trabajará tal vez 6 ó 4 horas para una fábrica de esas de productos uniformes mundiales y el resto del tiempo, con la radio en las orejas, con sus anteojos fijos en un aparato de televisión, como 100 millones de otros hombres de Chile a China y del Cap al Canadá, asistirá a las exhibiciones de deportes, de teatros, de cine y noticias periodísticas y lo que hay que pensar, saber y hacer sería comunicado a su cabeza por compañías gigantescas, los Trusts del pensamiento y de los placeres, igual que a 100 millones de otros tantos individuos, y otras compañías aun moldearán sus ensueños, regularán su digestión, etc. Y esa vida de osra pegada a las máquinas terminará, por costumbre, cuando el deseo atávico le lleve a poner las narices ante la puerta: entonces le aplastará un auto o le caerá sobre la cabeza un aeroplano. De modo esa sociedad que está bastante dispuesta a ser realizable y que estará claramente impregnada de un fascismo correspondiente, yo no veo verdaderamente el camino hacia la anarquía, mientras que la vida individual intensa, la diferenciación natural que presupone la utopía de Morris es el suelo sobre el cual la anarquía integral crecerá. Así, tal vez, la humanidad debe darse cuenta a dónde va — será completamente la esclava del maquinismo-estatismo-fascismo que se prepara o desea la libertad, la belleza, la cooperación libre, el verdadero progreso humano?

Si Morris pudiera ver el mundo de nuestros días se horroaría. La palabra que expresaba para él el supremo disgusto de tantas cosas que estaba forzado a ver, era la palabra *ugly* (feo). Hallaría hoy centenares de fealdades verdaderamente indescriptibles desaparecidas gracias al impulso que él y sus cooperadores han dado a las artes decorativas — estoy lejos de desconocer que aquí y allá el espíritu de Morris ha sobrevivido y ha ganado el terreno, — pero en muchas otras esferas se afeó más terriblemente aún en los treinta años que pasaron desde su desaparición.

Noticias de ninguna parte, publicadas en el *Commonweal* del 11 de enero al 4 de octubre de 1890 y en libro primeramente en 1891, 238 págs. 8°, también en una de las bellas impresiones de lujo tipográfico de su Kelmscott Press y en buen número de impresiones inglesas en Londres y en los Estados Unidos, fué su canto de cisne en el socialismo revolucionario. Redactó el *Statement of Principles of the Hammersmith Socialist Society* (8 págs., diciembre 1890), la declaración de principios no firmada, de la rama en lo sucesivo de Hammersmith de la Liga, y eso marca su período de resignación cuando se pone a buscar fuerzas colectivas que lucharían contra el sistema capitalista; porque no creía poder ver una tal fuerza en los pocos grupos anarquistas dispersos entonces en Inglaterra. Marcará su punto de vista en la conferencia *Communism* (impresa en folleto de 15 págs.) que yo le oí leer en Grafton Hall en 1893 ante un auditorio en gran parte anarquista. Se sentía uno separado de él, por un rigorismo, tal vez, ante todo, que no admite el más ligero escépticismo y Morris, el hombre del trabajo concienzudo y bien hecho, era más que escéptico en cuanto a la confianza que se dió a menudo a la espontaneidad absoluta, al voluntarismo más completo. Pero entonces se había hecho verdaderamente imposible reunirse con él de nuevo: porque estaba ocupado por la idea de unir los efectivos del socialismo legalitario con los suyos; el *Manifesto of English Socialists*, firmado por la Fabian Society, la Social Democratic Federation y la sociedad de Hammersmith (Londres, mayo de 1893) lo testimonia. Sus autores, de acuerdo a la bibliografía morrisiana de Forukan, pág. 166, son Morris, Hyndman y Bernard Shaw. Señalaré aún de él *Why I am a Communist* (Por qué soy comunista) en la segunda serie de *Why I am* (los Por qué soy), Londres, Liberty Press, 1894, 16 págs., escrita para una encuesta anarquista, y *How I became Socialist* (Cómo me he vuelto socialista) escrita para *Justice*, mayo

de 1895; en fin, *La perspectiva presente del socialismo en Inglaterra*, artículo en la revista *The Forum* de New York, abril de 1896.

En esos años escribió sus relatos en prosa de países y épocas prehistóricos, ya mencionados, de países tanto anteriores como más allá de todas las historias, tradiciones y utopías que supo crearse por un último impetu de imaginación, dando aun conferencias sobre el arte decorativo, como en Birmingham en febrero de 1894. Pero su trabajo principal de 1891 hasta su muerte fué el de impresor de los más bellos libros en su Kelmscott Press, libros para los cuales dibujó los modelos de cada letra, los múltiples ornamentos, hizo fabricar el papel y la tinta más puros y resistentes. Una cantidad de los mejores libros de todas las edades fué compuesta allí, también las *Noticias de ninguna parte* y, si no me engaño, la *Utopía* de Tomás Moro, hasta una traducción del más famoso poeta de la Georgia medieval que hizo las delicias de nuestro camarada Tcherkesoff. Esas ediciones de la *Kelmscott Press* se hicieron famosas desde el primer momento y más tarde en las ventas en pública subasta en Londres y New York obtienen precios algunas veces extraordinarios. Encuadrado por Cobden Saunderson, todavía uno de los socialistas y maestros artesanos que f'anqueaban a Morris en cierto grado, un libro impreso en esa prensa de William Morris fué considerado el *non plus ultra* de ejecución artística y el renacimiento del libro hermoso reconoció también a Morris como uno de sus iniciadores.

Habría mucho que decir sobre Morris, del cual ya en 1897 aparecieron dos bibliografías minuciosamente elaboradas, una por H. Buxton Forman, la otra por Temple Scott. Existen escritos biográficos por J. W. Mackail, 2 volúmenes, 1901, por Aymer Wallace, 1897, por E. L. Cary 1902; además pequeños estudios o especializados por Holbrook Jackson, 1908; N. R. Lethaby, 1901; Mrs. Townshend (*Fabián Tract.* 167; diciembre 1912); James Leatham, socialista escocés, 1899; Henri Van de Velde, 1898; George Vidaluc, 1911 (estos dos últimos en francés) y otros sin duda.

En el resumen de Mrs. Townshend, publicado por la Fabian Society, pequeño trabajo muy esmerado, se lee esto sobre sus últimos años, el período después de noviembre de 1890:

"... Todo plan detallado de socialismo de Estado despertó la cólera y la repugnancia en Morris, aunque sea innegable que hacia el fin de su vida fué llevado por un espíritu castigado a inclinar su cuello bajo el yugo fabiano. Sin embargo,

su sumisión tenía esa falta de realidad propia de una conversión en el artículo de la muerte. Esa creencia (en el socialismo estatista) fué en verdad extraña a su naturaleza. Sus esperanzas y deseos para el porvenir estaban dominados por las visiones gloriosas de actividad humana libre, de altivez y de alegría en el producto de nuestras manos y de nuestro cerebro, estados de alma que asoció, con derecho o sin él, al pasado (es decir que creía volver a encontrar en la edad media, en las ciudades libres, gildas, etc., que a ejemplo de Kropotkin ha idealizado tal vez un poco demasiado, M. N.). No odiaba solamente al capitalismo. Los detalles amansados y mecanizados habrían sido tan odiosos para él si el instrumental hubiera pertenecido al Estado y si su dirección hubiese estado en manos de funcionarios del gobierno. Su idilio rural delicioso, las *Noticias de ninguna parte*, fué escrito, según Mackail (el biógrafo) como una protesta contra la apoteosis de la centralización y de la vida urbana que Bellamy predicó en su *Looking backward* como el ideal social. Es característico que el país previsto por Morris era más bien una utopía para el productor que para el consumidor. La producción de las riquezas le interesó más que el consumo".

Del *Commonweal* en junio de 1889 cita de un artículo de Morris sobre el libro de *Elamby* estas palabras que resumen la esencia de la enseñanza de Morris: "...Es necesario observar que hay socialistas que no piensan que el problema de la organización de la vida y del trabajo necesario puede ser resuelto por una inmensa centralización nacional que opera por una especie de magia, respecto de la cual nadie se siente responsable; es necesario observar que, al contrario, la unidad administrativa deberá ser lo bastante pequeña como para que cada ciudadano se sienta responsable de sus detalles y tome interés por ellos; que los individuos no pueden descargar los asuntos de la vida sobre las espaldas de una abstracción llamada Estado, sino que deben tener transacciones entre sí, que la variedad de la vida es también un objetivo del verdadero comunismo (1), que la igualdad de condiciones y que sólo una unión de esas dos (variedad de la vida e igualdad de condiciones) producirá la libertad real; que las nacionalidades

(1) ¡Es necesario recordar que en vida de Morris, hasta 1896, pues, el bolchevismo no existía y que la palabra comunismo era empleada siempre por él en el sentido del comunismo más libertario!

modernas no son más que simulacros artificiales para la guerra de comercio a la que nos esforzamos por poner un fin, y que desaparecerán con ella (con esa guerra) y, finalmente, que el arte, esa palabra empleada aquí en su significación más amplia y la que le es más propia, que el arte, pues no es un simple accesorio de la vida, sin el que los hombres libres y felices pueden pasar, sino que el arte (en el sentido indicado) no es otra cosa que la expresión necesaria y el instrumento indispensable de la felicidad humana"...

¿Quién no encuentra en esas líneas que son todo un programa, una condensación exquisita de las ideas anarquistas y en qué difieren de lo que habría podido decir todo anarquista? En efecto, había entonces en ello sólo una cuestión de ritmo, para expresarme así, entre Morris y los anarquistas. Su desarrollo en comodidad perfecta, por su vida conforme a sus inclinaciones y no obstaculizada por ningún obstáculo serio hasta una edad muy madura; luego, ese desenvolvimiento le permitió elaborar en pensamiento como, en pequeña escala, en la práctica por su esfuerzo manual constante, esa parte de la vida futura, sana y completa, basada en el ejercicio de la diversidad, del esfuerzo especial, esmerado, y los goces que se derivan de él. Los anarquistas aquellos a quienes se conoce y otros, que quedaron en la obscuridad, eran menos felices; insistían sobre otras partes de esas ideas, sobre la rebelión, sobre la destrucción, y fueron perseguidos; pobres, las delicias de las cuales eran inaccesibles, sino desconocidas. En una palabra, Morris cultivó tal parte de la anarquía, la perfección y el disfrute del trabajo libre, y los anarquistas lo más a menudo cultivan tal otra parte, la rebelión directa, el asalto a la autoridad, la reivindicación social expropiadora. Ellos y Morris no estuvieron nunca en contradicción, sino que se han completado mutuamente, como todos los buenos anarquistas, a pesar de mil matices, se complementan y están lejos de chocar mutuamente. Si se ha comprendido mal tal cosa en esos años hasta 1890 y se ha dejado partir a William Morris, se debería reconocerlo ahora y hacer aprovechar al movimiento su trabajo vigoroso que sobrevive siempre.

Esa diferencia de ritmo se vé en su último artículo muy reflexionado, por el cual se despide del *Commonweal* en noviembre de 1890: *Where are we now?* (A dónde hemos llegado en este momento?). Califica de "métodos de impaciencia" tanto los "paliativos", el reformismo socialdemócrata, apresurado por hacer algo, como la "rebelión parcial no consecuente", es decir, los actos de violencia espasmódicos, no consecutivos, de

los anarquistas de 1890, demasiado aislados para llegar a una revolución colectiva. El difiere de esos dos métodos y declara, "nuestra tarea es la de producir socialistas, es decir la de convencer a los hombres que el socialismo es bueno para ellos, y que es posible. Cuando tengamos bastantes hombres que piensen así, entonces encontrarán "que la acción es necesaria para realizar sus principios". Si ese llamado hubiese sido escuchado por ambas partes a quienes iba dirigido, si los numerosos legalitarios, en lugar de gastarse en estéril parlamentarismo en beneficio exclusivo de algunos jefes ambiciosos, hubieran hecho la más modesta propaganda socialista, y si los anarquistas, bastante numerosos entonces, no hubiesen preferido algunos actos de brillo (que estoy lejos de despreciar con esta reflexión) cuyas consecuencias fueron y son las persecuciones raramente interrumpidas, tendrían treinta años de esa propaganda directa, asidua, que Morris tenía presente, y ¿dónde estaríamos hoy? El socialismo en su conjunto, en su amplitud y en su profundidad, sería más poderoso hoy de lo que es o menos? Es una cuestión imposible de resolver, pero que permite comprender las dudas que asaltaron a Morris en 1890 y culminaron en su retirada de la verdadera militancia de los años 1882 a 1890.

La obra de Morris fué poco conocida fuera de su país. Una hermana de Eliseo Reclus, la señora Dumesnil, se aplicó a hacer traducciones en *La Société Nouvelle* de Bruselas de hace una treintena de años.

Una enfermedad le minó y murió el 3 de octubre de 1896; hombre robusto que se habría creído destinado a una edad avanzada, fué llevado a la de los 62 años. Se le enterró en el cementerio de Kelmscott en Oxfordshire, llevándosele hasta allí en un carro de heno, decorado de viñas, de ramas de alisos y de cañas y conducido por un aldeano. En *Freedom*, noviembre de 1896, y en los meses siguientes, se encuentran apreciaciones sobre el difunto por Walter Crane, P. Kropotkin, J. C. Kenworthy (tolstoiano inglés), Lothrop Withington (anarquista individualista), S. Mainwaring, anarquista, y otros.

Las *Noticias de ninguna parte* (*News from Nowhere*) existen en algunas ediciones inglesas y americanas; la obra completa de Morris, publicada por su hija May, debía comprender 24 grandes volúmenes, pero ignoro si esa edición, preparada desde 1912, apareció completamente. Las *Noticias de ninguna parte* aparecieron completamente en *La Société Nouvelle* de Bruselas en 189—? Una edición de 1902, partes 11 y 12 de la

Bibliothèque Socialiste, 200 páginas en 12°., no da más que extractos. *La Terra promessa* (XVI, 248 páginas), apareció en Milán en 1902 y *Noticias de ninguna parte*, en Barcelona (Maucci) en 1903, 240 páginas. Dos traducciones alemanas, una hecha por la mujer de Wilhelm Liebknecht (Stuttgart, segunda edición, 1914, 152 págs.), la otra apareció en Leipzig en 1902, 302 págs., ediciones en holandés (Amsterdam, 189—, 230 págs.), en polaco (Lemberg, 1902, 201 págs.) en finés (Albo, Finlandia, 1900 183 págs.) me son conocidas, pero no agotan claramente el número de las traducciones que existen. Sólo que William Morris es, entre todos, un autor a quien se debería leer en el original; escribió un inglés de los más vigorosos y, sin exclusivismo y amaneramiento, emplea en lo posible la forma sajona pura, evitando las intromisiones normandas tan numerosas, importadas por los normandos. La lengua fué para él también una obra de arte preciosa que se esforzó por perfeccionar, que no empleó nunca con negligencia.

Hay aún mucho en la obra y en la personalidad de William Morris que este esbozo, sin embargo extenso, sobre ese hombre notable, no puede ni siquiera abordar ligeramente. Es un hombre que no haya pasado más de él al pensamiento anarquista que no haya pasado más de él al pensamiento anarquista internacional: en Inglaterra, a pesar del frío de algunos años después de 1890. Morris forma parte integrante de la conciencia anarquista hasta hoy, y su gran figura se convertirá también en una parte de la memoria y la conciencia de los anarquistas del mundo, cuando hayan comenzado a conocerle de nuevo; porque si permaneció separado de ellos formalmente, llegó a las mismas ideas, *al fondo*, de todo anarquismo social, lo que es además una prueba de la inevitabilidad, de la verdad de las ideas anarquistas.

M A X N E T T L A U



Noticias de ninguna parte

CAPITULO PRIMERO DISCUSIÓN Y SUEÑO

A aquella noche — contaba nuestro amigo — hubo en la Liga una discusión muy intensa respecto de lo que acontecería al día siguiente de la revolución, discusión terminada con una viva exposición del respectivo concepto de la futura sociedad en pleno funcionamiento, hecha por los distintos amigos.

La discusión — dado el tema — fué bastante corriente, sin duda porque los individuos presentes estaban habituados a las asambleas públicas y al cambio de observaciones que sigue a las conferencias. Indudablemente, nadie escuchaba las opiniones de los demás — lo que en razón no podía exigirse —, pero no hablaban todos a un tiempo como es costumbre entre “gentes de la buena sociedad”, cuando se trata de algo que les interesa. Estaban reunidas hasta seis personas, lo que equivale a decir que tenían representación seis fracciones de la Liga, cuatro de ellas con opiniones anarquistas avanzadas, aunque diversas.

Una de las fracciones, esto es, uno de los individuos, a quien yo conozco muy particularmente — decía nuestro amigo, — estuvo sin abrir la boca en los comienzos de la discusión, pero después se dejó arrastrar, y terminó por levantar la voz y por tratar a los demás de idiotas. Se produjo gran tumulto,